

Director: ARTURO A. GIMENEZ

GALERIA CÓMICA  
 FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES  
 NUESTROS PRESIDENTES DE CÁMARA.....  
 DE REPRESENTANTES

AÑO II  
 N.º 83  
 Setiembre 29 de 1895

PRECIOS SUSCRICION  
 MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

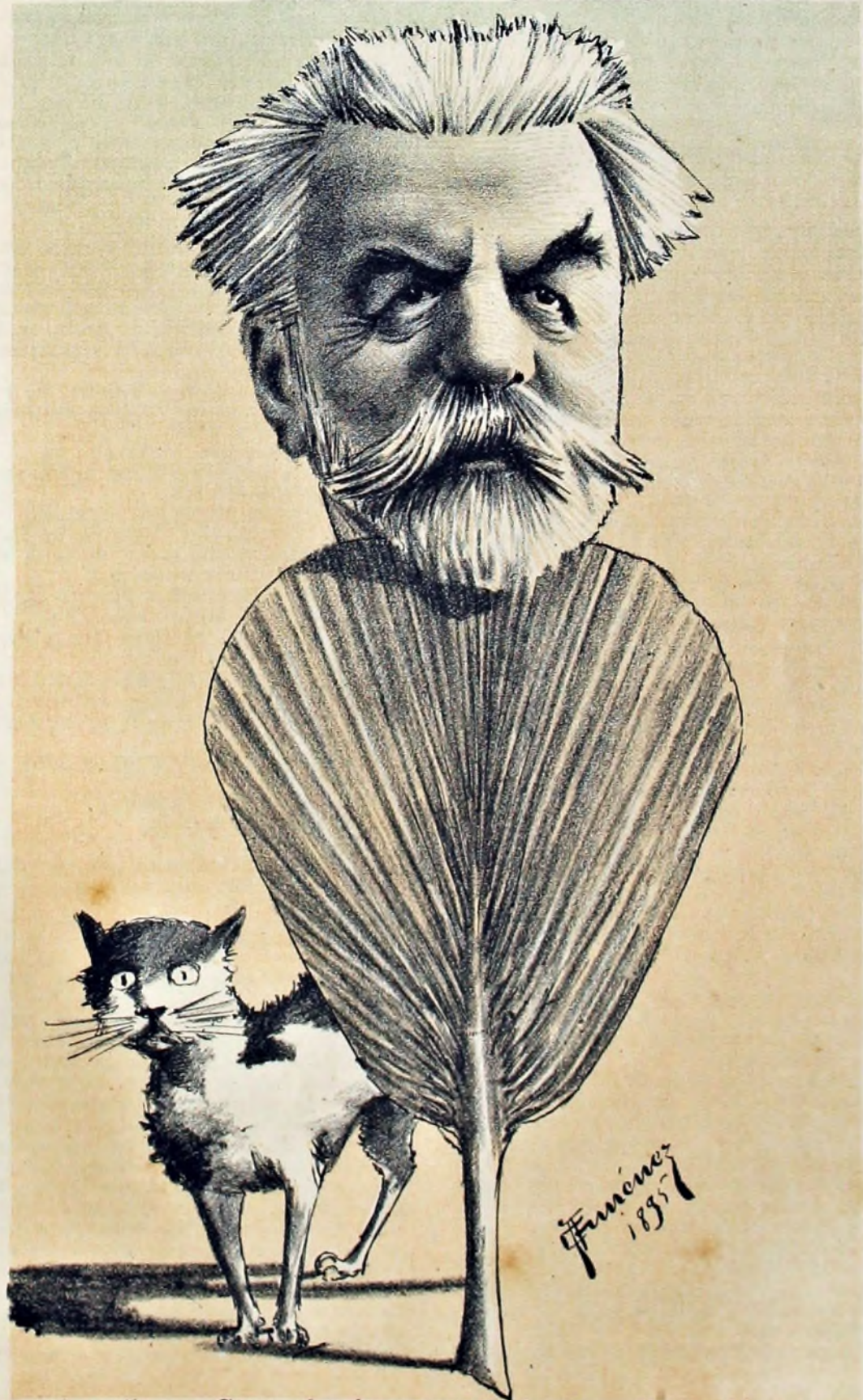
EXTERIOR

Los mismos precios en moneda equiva.  
 lente con el aumento del franquico.  
 Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS  
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301  
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57



Don Duncan, en mi sentir,  
 es de los que hacen decir,  
 por ser primero en la lista  
 del gran rebaño herrerista:  
 —¡Vaya; este sabe vivir!

Como al más manso del hato,  
 á su fidelidad grato  
 y á su dócil mansedumbre,  
 le elevó Julio á la cumbre  
 dándole el Interinato.

Y al subir, por nuestro mal  
 á Presidente Oriental  
 (aunque es de extraña nación),  
 fué la segunda edición  
 de don Francisco A. Vidal.

## SUMARIO

TEXTO—Zig Zag, por Arturo Giménez Pastor.—Don Mateo Revesino, por J. Pérez Zúñiga.—Para ellas: La vejez, por el General Riva Palacio.—Charlas domingueras, por Nemo.—Actualidades: Don Fernando Torres.—Teatros, por Re-Bemol.—Un rasgo de escritor, por Carlos Lenguas.—Sport, por Zapicán II.—Entre dos fuerzas, (novela), por Arturo Giménez Pastor (continuación).—Revoltijo, por C. L.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS—Fotografías sin retoques: Un presidente de Cámara... de Representantes.—Para ellas: Retrato de niña, por Aurelio Giménez.—ABDÓN AD PORTAS, por Wimplaine II.—La gracia ajena: Cuentos baturros, por Gascón.—Don Fernando Torres y varios intercalados en el texto, por A. Giménez.



¡Qué Zig-Zag ni qué ocho cuartos!

Vaya usted á escribir Zig-Zags con una semana como la transcurrida, y al levantarse de la mesa del Hotel Central, donde nos invitaron los señores Pola y Pilhac, actuales propietarios, con un espléndido banquete! Comprendan ustedes que es imposible.

Hable uno de política en estos momentos. Como me pusiera á hablar de cosas de diputados, por ejemplo, aun no digeridas las sublimes *cotelettes de lièvre à la Saint Hubert*, seguro estoy de que por obra y gracia de la imaginación se me convertían allí adentro en *cotelettes de chat à la député*, y naturalmente, indigestión segura, con pesadillas y aparición de Vilaza, Ricardo Estevan y De Clemente.

No digo nada si doy en la idea de tocar cuestiones de senadores, porque de fijo se me enfria el café en el estómago!

Por otra parte, aunque no existiera de por medio el banquete de Pola y la íntima satisfacción de espíritu y de estómago que en él nos dió, estaríamos en la misma, porque semana más desheredada que la transcurrida, no se ha presentado en el calendario desde que rige la Era cristiana.

Fuera de los rumores de invasión blanca, que ya deben estar tísicos de puro gastados... fuera de esto ¿qué?

Yo no sé si será cuestión de simpatía, pero los únicos hechos dignos de mención que hallo en la semana son también sobre el tema de mordiscos y bocados.

Se trata de los seres que han estado de semana para satisfacer la voracidad de los canes.

Que han sido seis ú ocho. (Los mordidos, no los canes; que de estos, gracias al tierno corazón de los policianos tenemos gran existencia en depósito).

Ustedes se admirarán de tal multiplicidad de atentados contra las pantorrillas transeuntes, pero ¡qué demonios! No habrán querido los perros ser menos que don Julio, don Juan y los periodistas en eso de hincar el diente, y para no dejar al ilustre cojo el monopolio de los asados con cuero se han dado á engullir pantorrillas con pellejo.

Cada cual se arregla como puede. Además, siempre han figurado en los *menús caninos*, como plato especial, las *pantorrillas au naturel*, con pelos y... señales para toda la vida.

Estos pantorrilicidios, á fuerza de multi-

plicarse, van preocupando ya á la gente, que se prepara á tomar precauciones.

Peró como por lo forrarse las torneadas pulpas en latas, habrá solicitado privilegio su inventor, según todas las probabilidades, y luego, que no es cómodo eso de llevar las pantorrillas dentro de una cacerola, hay quien se preocupa de descubrir algún medio menos molesto para su conveniente resguardo.

Don Bermudo López, un señor respetable y desdentado, asegura haber descubierto algo bueno en su género.

—Mira, Celedonia, decía la otra tarde á su esposa. Prepárate á darme una friega con estrignina, aquí, donde algunos tienen la pantorrilla.

—Fero, hombre, por Dios, ¿te has vuelto loco?

—Nó; estoy bien cuerdo aunque con dolor de barriga. Es que quiero prevenir mi venganza contra los perros que andan en ayunas. Así, llevando las piernas envenenadas, se comerá el perro que me muerda un *flet* de Bermudo López con salsa de estrignina. Y si no muere es que no puede con él ni Lucrecia Borgia.

Esto parecerá un disparate de don Bermudo, pero hay que advertir que este señor ya ha sido víctima de los incisivos, caninos y molares de un perro voraz.

Una mañana llegó de vuelta á su casa sin aliento pero con un siete en el pantalón.

—¿Has almorzado? le dijo su esposa, llena de cariño y de lobanillos.

—Nó; me han almorzado.

—¿Qué dices?

—Sí, que un perro desnaturalizado se ha desayunado con mis piernas.

—¿A ver? Dios santo, si te falta un pedazo!

—¡Cómo no! Si ese bárbaro se ha comido un bife con berrugas, de mi propiedad!

—Estás sudando, bañado en agua caliente!

—Entonces lo ha comido en forma de puchero. *Bœuf garnie*, como le llaman al puchero en los *menús*, ó mejor dicho: Bermudo *garnie*.

Aquello era horrible!

Don Bermudo se metió en cama, le atendieron cuidadosamente su esposa y un primo que toca el acordeón, y por fin curó.

Peró al cumplirse los cuarenta días, plazo fatal para la declaración de rabia, había que verlo! Todo cuanto hacía, mostrábasele como sintoma temible.

—Oye, decía á doña Celedonia, de pronto. ¿No te parece que he dado un tarascón demasiado voraz al estofado?

—¡Déjate de cosas, hombre!

—Es que, ¿lo creeras? me había parecido una pantorrilla estofada.

—¡Pero no te preocupes Bermudo!

—Oh! Tú no sabes... Hoy me ha dado por hacerle fiestas á una perra, en la calle.

—Bermudo. Eres un animal!

—¿Lo ves? Hasta á tí te parezco ya animal. Y se echaba á aullar tristemente.

Finalmente pasó el plazo fatal y don Bermudo recobró la calma.

—Peró, las he pasado crudas, decía á otro amigo suyo, y tonto, que le declaraba haber sido mordido.—Y por eso le aconsejo que vea usted al médico.

—Ez que el médico no puede zaber dónde me ha mordido.

—Se lo dice usted, hombre!

—Ahí eztá la dificultad.

—Por qué?

—Porque, perdone usted que me ruborice, me ha mordido en una parte que no puede decirse...

..

Y volviendo á lo del banquete de Pola, aquello fué regio.

Se sentaron á la mesa Busto, Brizuela, Vidal, Blixén, Hilaire, Muiños, Pola, Varzi, Boron Dubard, Moratorio, los cuatro apellidos de don Prócolo Ginardini Capetti de Frescavalli y su propietario, y el que suscribe.

Sin que esto implique sátira, sino muestra evidente de lo que valen y se merecieron los esquisitos manjares que presentó Pola, diré á ustedes que Busto, que representaba á *El Siglo* les hizo honor como se lo hubieran hecho todos los estómagos del idem.—Que Brizuela por *El Día*, comió como para *dos días*.—Que Vidal dejó bien puesto el estómago de *La España*. Siguiendo Blixén, que ni pensó en hacerse el sueco ante los soberbios platos de que iba á dar con razon fe en *La Razon*, y el cronista de *La Prensa* que comió como Proco-

lo, como Capetti, como Ginardini y como Frescavalli.

Agréguese á estos á Hilaire, que representando *La Nación* recibió los sabrosos preparados de Pilhac como los recibiría la nación, de *adeveras* que, ustedes lo saben, desde que hay malos gobiernos no está escasa de apetito; y el que suscribe, que en representación de *Caras y Caretas* declara á cara descubierta que aquello es de lo más superior en su clase.

Y, para mayor prosperidad de los nuevos propietarios, desea á todos los habitantes de la República un estómago como el de don Juan Idiarte Borda.

Aunque sea una atrocidad.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

DE PEREZ ZÚÑIGA

Don Mateo Revesino ó una curación como hay muchas

Notaba don Mateo que se moría y su doctor Luis Gómez no le entendía. ¡Qué sinsabores aguantaba y qué angustias y qué dolores!

Le dolían las muelas, una rodilla, la cabeza, los ojos, la rabadilla, la nuez, el bazo, los tobillos, el vientre y el espinazo.

Le decía su esposa todos los días: «Gómez te manda baños y porquerías ¡Qué sabe Gómez! Tómame un cocimiento de piedra pómez.»

Sus amigos le hicieron que se frotara con cortezas de queso toda la cara, y alguien le dijo que se diera en la nuca con un botijo.

Llamó á una curandera muy competente, que le sacó los pesos bonitamente por un unguento de saliva de cura de regimiento.

Vieronle tres doctores bastante rubios. Uno le mandó emplastos y pediluvios, otro inyecciones y otro zarzaparrilla con chicharrones.

Un médico le dijo: «¡Quietud, Mateo!» Otro: «Cada dos horas dé usté un paseo.» Y otro: «¡Cuidado! Ni se mueva usted mucho, ni esté parado.»

Medicinas caseras le dieron muchas: chocolate con berros, parches y duchas, nieve templada y enjundia de patrona descoyuntada;

Peró todo fue en vano, pues el paciente se iba quedando seco completamente, hasta que un día soñó conque un albéitar le curaría.

Y el herrador famoso de un pueblo vasco le dijo á don Mateo: «Compré usté un frasco de *kan-kin-kucho*, medicamento chino que cuesta mucho.»

Para ver si salía de su desgracia, don Mateo fué en busca de una farmacia, y equivocado se metió en una fonda que había al lado.

Allí le dieron una  
botella chica  
del mejor Valdepeñas  
que se fabrica:  
Y es evidente  
que esto le puso bueno  
completamente.

Y hoy el veterinario  
(¡miren qué cosa!)  
se atribuye la cura  
maravillosa  
de don Mateo  
Revesino y González  
que, según creo,  
tiene ya bien las muelas  
y la rodilla,  
la cabeza, los ojos,  
la rabadilla  
la nuez, el bazo,  
los tobillos, el vientre  
y el espinazo.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Vaya otra niña de San José para acreditar á las lindas maragatas.

Y si caen ustedes por San José, y no pueden quedarse allí por asuntos de alta urgencia, no vean á Rafaela Ciganda porque.... puede que se queden.

Y á falta de algo de mi cosecha (y vaya en buena hora), ahí tienen, amigas mías, un lindísimo verso de Riva Palacio, que dedico á aquellas de mis amiguitas que tengan miedo de llegar á viejas.

### La vejez

Mienten los que nos dicen que la vida es la época dorada y engañosa, que si de dulce néctar se rebosa, ponzoña de dolor guarda esecondida.

Que es en la juventud senda florida y, en la vejez, pendiente, que escabrosa va recorriendo el alma, congojosa, sin fé, sin esperanza y desvalida.

¡Mienten! Si á la virtud sus homenajes el corazon rindió, con sus querellas no contesta del tiempo á los ultrajes;

que tiene la vejez horas tan bellas como tiene la tarde sus celajes, como tiene la noche sus estrellas.

GENERAL RIVA PALACIO



Cuanto uno más viva más cosas verá. Y no porque lo digan en «Los Sobrinos del Capitán Grant» con solfa de Caballero deja de ser tan verdad como cualquier otro aforismo con firma de Metastasio ó cosa así.



Y tan cierto es, que nosotros, los que constituimos la actual generación que cuenta en su seno á Pasteur, Edison, Escardo, Castelar é Idiarte Borda, no hemos necesitado vivir muy luengos años para ver cosas curiosísimas ¡pero tan curiosísimas!

Van ustedes á verlas; ó mejor dicho; van ustedes á ver lo que han visto, porque seguro estoy de que todo cuanto yo diga aquí lo han notado todos ya, y aún me permito esperar, sin presunción, sólo por lógica, que se hayan hecho las mismas ó muy análogas reflexiones á las que según leerán me han sugerido á mi esas cosas curiosísimas.

Ante todo conviene advertir que no me estrañaría que esta mi crónica trajera sobre la cabeza del tan bien intencionado como audáz autor un pequeño ó no pequeño chubasco de críticas, y quizá censuras y hasta frases ágras, porque aquí somos así. Todos critican, pero ¡ay de aquel que se atreva á criticar de frente y en voz alta! ¡Ay de aquel que se decida á hacer la crítica como su fin de corrección y enmienda lo requiere, lealmente, hablando á quien la ha provocado, no en el deseo de herir, sino en el de señalar el error, de evitar la reincidencia!

Ese pobre paga por todos, y aún le hacen pagar su atrevimiento los mismos que entre sí, á *mezza voce*, con susurros y zumbidos de avispa brava, critican prudentemente al oído del curioso, sin dar la cara, sin recojer responsabilidad.

Advertamos que estos son *todo el mundo*. Pero yo prefiero la lealtad. Sé que es muy posible que una vez publicado esto oiga por aquí y por allá palabras parecidas á «grosería», «descortesía», «atrevimiento», «insolencia»...

Declaro que tratándose de señoras, cómo que de ellas voy á tratar, considero como descortesía, no el mostrarles sus errores y hacerles ver el ridículo para que no vuelvan á incurrir en él, que esto es triste, sino el ocultarles falazmente el efecto de su papel desairado para que todo el mundo goce del inocente placer de reírse de ellas.

Por lo que hace á lo de grosería, creo que solo puede calificarse de tal la crítica, cuando no reviste la forma culta que á todo escritor que se

respeta y á toda señora bien conceptuada corresponde.

Y ahora, vamos á las cosas curiosísimas.

Se trata de nuestros gobiernos de ahora. Pero no del gobierno constituido por la Constitución, en teoría, y por la desvergüenza y la intriga y el despotismo en la práctica; que ese ya está juzgado por la opinión y nada hay que agregar á lo dicho, y á lo hecho. Indudablemente sería interesante ocuparse de comparar lo que antes era, y en qué manos se depositaba el gobierno de la Pátria cuando los Suarez y los Gomensoros y los Ellauri lo regían, todos hombres cuya vida pública y privada, cuyas condiciones sociales, cuyo abo-lengo mismo de patricios fieles al honor y á los dictados de la conciencia, y al respeto debido á las instituciones les indicaban para los puestos de honor y responsabilidad; y ahora, que son dueños de él don Juan Idiarte Borda, don Angel Brian, don Juan José Díaz, y demás hijos de una época y una sociedad de cieno, de sangre, de vergüenza, de insolencia, de despotismo, de grosera tiranía y demás grandes tradiciones que, si ellos no contribuyeron á sustentar, ayudaron con la complicidad del silencio y de la ceguera interesada.

Pero esto ya se ha dicho también; vamos á lo que he de decir yo.

Se trata del Gobierno femenino que nos rige. ¿Eh? ¿Que qué es eso? Pues! El Gobierno femenino: lo dicho.

Reconozco que hasta ahora no lo habíamos visto aquí ni en otra parte; pero alguna vez se ha de empezar.

Si señores; tenemos un Gobierno femenino con su presidenta y sus ministras de Estado, y hasta sus secretarías.

Conste que no admito que se hagan ustedes los admirados ó admiradas, porque todos lo han visto, y más; creedlo, señoras del Gobierno: todos se han ocupado del asunto.

¿Y cómo no, si los actos públicos de este nuevo Gobierno amazónico eran el *clou* de todas las noches de ópera en el Nuevo Politeama?

Era cosa de verse.

Primer entreacto.— Los señores Ministros pasa—

# ABDON APORTAS



DON ABDÓN (con voz de trueno,  
 de coraje y ganas lleno)  
 —«Hurrah, legión de mis valientes, hurrah!  
 La patria os brinda espléndido botín!»  
 LOS GUERREROS BLANCOS (con  
 hambre y sed del buen turrón)  
 —¿Botín? Y andamos todos sin botines  
 precisamente... ¡Allá en seguida! ¡Al fin!  
 DON ABDÓN  
 ¡Vamos, valientes!  
 LOS GUERREROS  
 Guía, héroe temido  
 DON ABDÓN  
 Pero... Es que aun está el río muy crecido!



JUAN  
 ¡Se vienen Gregorio!  
 GREGORIO  
 ¡Sí, Juan, ya se vienen!  
 JUAN  
 ¡Dios mío! ¡San Pedro! ¿Mosé dónde está?  
 GREGORIO  
 Mira Juan, ¡ay, qué armas, qué arrojo tienen!  
 JUAN  
 Por San Juan, Gregorio, no digas ya más!!

MONSIEUR  
 Monsieur Angel, ¿qué hacemos?  
 ANGEL  
 ¿Qué hacemos Mosié?  
 MONSIEUR  
 Usted estubo blanche.  
 ANGEL  
 También lo fué usted.  
 MONSIEUR  
 Eh bien! Si ellos vencen  
 volvemos á ser...  
 ANGEL  
 Lo que fuimos antes.  
 MONSIEUR  
 ¡Juste! ¡Muy très bien!

Wambstone II

ban, invariablemente, á saludar á S. E. el Presidente. Dos ó tres sonrisas, un ratito de conversación íntima, en que siempre la gente quería adivinar algo de la cuestión del día.

—Habla con el de Fomento —¿No parece que le está diciendo: «¿Qué opina V. E. de la actitud de la prensa de hoy sobre el asunto de los Ferro Carriles?» ó «La cuestión Puerto está llamando la atención?» ¡Pues! Y he ahí que S. E. le contesta: «Si tenemos que estudiarla, tenemos que estudiarla». Ahora es el ministro de la Guerra á quien se oye decir... con los ojos.

—Bon soir, M'sieur le Président!... Quand nous ferons une grande revue?... ó bien Il y a produit bon effet notre résolution d'aujourd'hui sur le fusil Mauser... Al segundo entreacto, invariablemente, cambio de escena.

Le tocaba el turno á las Señoras Ministras. Besamanos á S. E. la Sra. Presidenta, sonrisitas reservadas y discretas de políticas que se saben observadas por los mortales de la llanura.

He ahí que se acerca la Sra. Ministra de Fomento.

¿Pero no parece que le está diciendo á S. E. la Presidenta: «¿Cómo nos va dando trabajo la cuestión Puerto eh?»

¡No, si no es posible que ahora no le esté contestando ella:

—«Si, si, tenemos que pensar en eso... Nos conviene facilitar la introducción de encajes y chorreas de acero... Pensaremos!»

¡Ah! ¡De fijo, de fijo ahora la señora Ministra de la Guerre le dice:

—«Madame: Il faut hacer una gran revista. ¡Son tan lindas para las toilettes de campo!»

Pues! Apostaría á que S. E. la Presidenta le ha contestado:

—«Hemos de hablar, sí. Lo pondremos al acuerdo » Ni más ni menos.

¿Que no basta esto para demostrar el carácter oficial adquirido por la señora Presidenta y Ministras consortes? ¿Que son simples suposiciones?

Pues no apurarse, que todavía faltan los banquetes políticos, esencialmente oficiales, á que asistieron, y donde S. E. Masculina hizo votos extensivos á las señoras presentes para que pudieran contribuir al progreso y la felicidad de la patria. (Textual.)

¿Más aún? La invitación á los refrescos en el teatro, las noches de gala, colocadas en la categoría de los miembros del Poder Ejecutivo, militares de alta graduación y cuerpo diplomático.

¿No es verdad?

Ay! Ya sé que es escabroso esto de meterse con señoras, y que se hablará de intromisión en la vida íntima y demás anexos...

No en mis días! Me ocupo tan sólo de la vida pública, oficial, por que nadie será capaz de porfiarme que son cosas íntimas ó familiares estas curiosísimas, v. g. que á S. E. la señora del Presidente le toquen el himno nacional las bandas militares, como ocurrió en San José cuando la fiesta aquella de bendición de campanas ó cosa así.

Conste también que, por no acercarme siquiera á lo personal, dejo de lado la actitud imponente, grandiosa, soberana de algunas de las señoras del Poder Ejecutivo, actitud ulterior á la elevación, y que por ende pudiera presentarse como prueba accesoría en este proceso curioso.

También tenemos que deslindar lo que la adulación ha dado de sí; y que la adulación da de sí mucho; es la deidad más pródiga, más escandalosamente derrochadora del mundo.

De ahí que apenas elegido S. E. invadiera su hasta entonces tranquilo hogar una crudísima epidemia presidencil que, claro, acabó por sacar el hogar de sus casillas, ó más bien dicho; á la familia de su casa, que es lo peor que puede ocurrir á una familia y á un hogar. Así, quizá por contagio, quizá por un repentino renacimiento de la teoría del derecho divino aplicado á castas, como en la India, quizá porque aquí solemos hacer las cosas en grande, cuando no en demasiado pequeño, y dar de golpe todo, hasta que se derrame, siempre que no sea de utilidad, el caso es que no bien la señora hasta entonces tranquila dueña de casa entró á funcionar como señora del Presidente, resultó á su vez Presidenta de cuanta comisión, patronato, fiesta y asociación son capaces de tener Presidenta en esta tierra.

Pero, lo he dicho; de esto no reprocharía yo nada á la señora Presidenta múltiple, si no fuera exigible, á las señoras más aún que á los hombres, por la educación que se les supone dada, y por su acción pasiva y puramente social, más, y más exacto buen sentido para deslindar lo que el afecto ofrece, lo que la estimación para presenta, de lo que la adulación y la conveniencia dan.

No se hable de descortesía en el hecho de que yo trate este punto, porque no implica acaso ese monopolio de los puestos de honor ejercido por la señora Presidenta, una descortesía más evidente ha-



Francisco  
1875

ULTIMO Y ÚNICO REtrato DE DON FERNANDO TORRES. DE BOCETO TOMADO DEL NATURAL PARA «CARAS Y CARETAS».

## Actualidades

DON FERNANDO TORRES

Hará cosa de cuatro ó cinco meses, la Dirección de este periódico solicitó de don Fernando Torres un retrato para la Galería de *Caricaturas Contemporáneas*, donde ha procurado reunir todo lo que de más notable tiene el país en política, artes, ciencias y letras.

El viril ciudadano no tenía retrato. Apenas uno, sacado antes de su casamiento, quedaba en la casa como reliquia preciosa. Y, como es natural, no se parecía al don Fernando Torres que todos hemos conocido.

—Ahora estamos un poco más viejos decía él. Pero le prometo á usted retratarme. Le ruego que vuelva dentro de cuatro ó cinco días.

Y cuatro ó cinco veces repitió esto, con su amabilidad característica, al que estas líneas escribe;

«cía las demás señoras también dignas de ocupar alguno de esos puestos honoríficos que tanto seducen á la mujer?»

¡Pues!  
Pero vuelvo á repetirlo; aquí no es cosa de reprocharlo tan sólo á la favorecida, cuando es el resultado de una complicidad de todas en busca de ventajas, en espera de influencia, unidas las fuerzas por el interés, que hace muchas cosas que no haría el afecto.

Y, siguiendo con aquello del carácter oficial investido por las señoras del Poder Ejecutivo consorte, viene aquí lo más gordo.

Que es el retrato publicado por *La Revue Illustrée*; un lindo grupo de Fitz-Patrik reproduciendo esta nueva familia de Levitas, privilegiada en masa con el ejercicio del culto del poder.

Ya sé; en Europa los periódicos sacan el retrato de las familias reinantes y vemos de cuando en cuando los grabados que reproducen á Guillermo II y su familia, á Francisco José y la suya sin que á nadie se le ocurra reprochar á las señoras esta exhibición en público de su esfige.

Pero es que allí sí, la familia reviste carácter oficial. La esposa, no es como aquí tan solo reina de sus hijos, gobernante de su casa; no; ella forma parte del poder público; es, á más de la esposa del individuo, la consorte del rey; los hijos son los futuros reyes de la Nación, los que un día tendrán en sus manos el gobierno de los pueblos, sus destinos, su vida.

Pero aquí... ¡por Dios!  
¿Que también se ha publicado á Bismarck en familia?»

Más vale no objetarlo; es una celebridad universal que todo el mundo quiere conocer en su vida íntima, en todos los detalles de su existencia; pero vamos á ver ¿qué les importa á los lectores de *La Revue Illustrée* en Buenos Aires, por ejemplo, de la familia de don Juan Idiarte Borda? ¿Qué es para ellos, qué papel oficial representa, por qué está allí como cosa de interés general?

Con franqueza; es sencillamente ridícula esa publicación de la familia de nuestro Presidente, lanzada al público con su correspondiente epigrafe, como quien dice: *Von Bismarck y su familia*, —Guillermo II íntimo, etc., etc.

hasta que viendo que le era violento el hacerlo, desistimos de molestarle.

Sin embargo, tratándose de tan benemérito ciudadano, CARAS Y CARETAS no podía dejar de ofrecer á sus lectores en esta sección de *actualidades* que, por el título mismo del periódico, mezcla de lo serio y lo cómico, y por las exigencias del periodismo bien entendido es necesaria y solicitada por el público, el retrato de Dn. Fernando.

Y por eso va aquí el único que de él existe y el único que podemos ofrecer, sacado en los primeros momentos de la muerte por nuestro dibujante, expresamente para este semanario.

El parecido á juicio de la familia y de cuantos le conocieron es exacto.

Nada más tenemos que agregar ante su tumba recién abierta, que no esté en el alma de sus conciudadanos, que han rendido ante su cadáver una de esas grandes demostraciones de respeto, que deben servir de aliento á los que como él han dado buen ejemplo de altivez cívica y virtudes ciudadanas.

¡Ah, qué falta hace el buen sentido en cierta cabeza que yo me sé!

Me figuro que nuestros vecinos de la Argentina, donde se publica la revista esa, y los lectores de Chile, ó del Brasil, ó de Francia, se habrán dicho, al leer el epigrafe del grabado: «Don Juan Idiarte Borda y su familia»... «Bien. ¿Pero qué tiene de particular la familia de este caballero?»

Como nadie se va á figurar que aquí tenemos nuestro Gobierno femenino!...

¿Ven ustedes el ridículo?

NEMO.

## TEATROS



Nada de nuevo tengo que decirles. San Felipe y Cibils siguen representando sus comedias y sus zarzuelillas.

El viernes debe haber dado su concierto en «La Lira» el célebre violinista Gaos. Supongo que estaría admirablemente, pues el jueves tuvo ocasión de oírle algunas piezas, los aires bohemios de Sarasate y la polonesa de Wienawsky, que me maravilló! Qué vigor de arco, qué maestría, qué corrección.

Notabilísimo, señores.

Y Beccario estrenó su compañía anoche.

RE-BEMOL

Un rasgo de escritor

Sentado á su mesa de trabajo, con la frente apoyada sobre la mano izquierda, en alto la pluma, risueño, satisfecho, con los ojos dulcemente entornados, Fernando pasa y repasa la mirada por aquellos renglones apretados y confusos en los que la pluma ha ido trazando poco á poco las expresiones gráficas de su talento; y singularmente complacido, gozoso, emocionado, como el colegial que va llenando dignamente su primera plana, siente en lo profundo de su ser algo extraño y vivísimo, algo que baja y sube hasta su rostro en oleadas deleitosas y embriagadoras.

¡Ah! Y por cierto que no es aquello lo primero que escribe. Su nombre se lee en muchos periódicos, en casi todos; su firma es ya famosa. Se le critica, se le discute; pero en esa forma respetuosa y parca que inspira un talento reconocido por todos, hasta por las damas, tan condicionales en literatura. Su emoción no es un fenómeno; acómetele siempre que coje la pluma entre los dedos, lo mismo cuando bulle en su imaginación un mundo fantástico y terrorífico, como cuando se agita graciosamente en ella una vida de sonrisas y alboradas.

Hoy esta vida le sonríe, fluye espontáneamente de su cerebro en ríos de contento y de ventura; y ni la negra tinta ni el agrio papel en que luego han de ir á grabarse, logran que amengüe en nada su matiz risueño y su peregrina esencia. Es feliz. Nunca ha sentido, como ahora, regocijo mayor, tan grande é intensa satisfacción productora. Las carillas se llenan, se llenan libremente, sin esfuerzos, sin vacilaciones. Pronto acabará. ¡Oh, sí! Muy pronto.

Por la ventana enteabierta penetran ráfagas de perfumes y gorjeos de pájaros. Está en medio de un delicioso jardín, en una piecicita construida al extremo de la casa, con el piso cubierto por fresca estera y las paredes revestidas de papel rameado blanco y lila. Escribe en una dulce penumbra, echados los visillos de seda verde de la puerta, que el sol entona con reflejos de oro. Sobre la mesa hay dos floreros llenos de azucenas y rosas pálidas, cuya suave aroma impregna deliciosamente el ambiente de la pieza. Dos moscas se persiguen con fastidioso rum-rum, y caen, por último, sobre los papeles, girando en un solo cuerpo con vibraciones de torbellino.

Fernando sonríe radiante. ¡Qué original qué hermoso es todo aquello que su cerebro concibe: ¿Y ahora esa?... ¿Quédase por un momento suspensa su mirada?... ¿Pero antes no?... ¡No, no! está bien!... Exhala un «ah» de victoria, de triunfo, y échase á escribir rápida y febrilmente.

Mas no ha escrito aun dos líneas, cuando se abre violentamente la puerta frontera á su mesa y aparece ante él un hombre como de cincuenta y cinco años, pálido y en extremo agitado.

—Don Pedro... ¿Qué es eso?  
El otro no contesta y se deja caer sobre una silla, estrujando el sombrero entre las manos con muestras de reprimida desesperación.

Por fin habla, colérico, resoplando, con lágrimas en los ojos y agitando los brazos con violencia.

—¡Ah! ¿Qué es? ¿Quieres saber qué es? ¡No me lo preguntes, no me lo preguntes!... La infamia... ¡Oh!...

Y se lleva las manos á la cabeza con horrorizado asombro.

Fernando le mira estupefacto, sin explicarse la causa de aquella frenética exaltación.

—Pero, don Pedro, ¿qué es eso? ¿Por qué está usted tan alterado?

Acércasele él con ansia:

—Yo ¿me ves, me ves? bueno; yo... yo soy un viejo inundo, una ruina que para nada sirvo ya; si me muriera ni los perros me llorarían. ¡Pues bien! Así y todo, aquí, aquí debajo tengo algo que no puede morir, algo que me enloquece y me revienta los ojos en lágrimas. ¡Aquí!

Y se golpeaba fuertemente el robusto pecho. Fernando púsose en pie y acercóse á él con inquietud. ¿Estaría loco?

—Don Pedro ¿y la razón de eso?... ¿Por qué está usted tan emocionado?

El anciano sacudió rudamente la cabeza, y echando una mirada adusta en torno suyo, preguntó con acento duro:

—¿Escribes?

—Sí, algo: un articulillo... cualquier cosa: una nota risueña, festiva.

Don Pedro le clavó con los ojos cual si fuera á devorarlo. Contúvose un tanto, y cogiendo á Fernando por las solapas, empezó á decir:

—¡Escribes! ¿Y tienes valor para eso? ¡Parece mentira, parece mentira!... ¿Y risueño, festivo?

Cambió de tono bruscamente, y con ojos delirantes, añadió furioso:

CARLOS LENGUAS

(Continuad)

La gracia ajena

CUENTOS BATURROS, POR GASCON



—¿Y usted no se marea?  
—Yo, ¿pa qué?



—No encontrarás un burro tan corredor como este. Lo montas aquí á las doce de la noche, y á las dos de la madrugada ya estás en el otro pueblo, en Gallur.

—Pues no me conviene.  
—¿Cómo! ¿Por qué?  
—¿Qué quiere usted que haga en Gallur á las dos de la madrugada?



Promete ser de emociones la reunión de hoy en Maroñas. En la primera carrera correrán en 1200 metro: Queguay, Tacuari, Mistral, Aereolithe, Mary, Calengo.

2.ª carrera—1000 metros—Jauketruz, Bayardo, Fly, Junot, Cordelia, Mirta.

3.ª carrera—2000 metros—Motinero, Olímpico, Carnot, Ecarté, Saturno. Remember, Alazka.

4.ª carrera—1400 metros—Zig-Zag, Triunviro, Tacuari, Aereolithe, América, Mary.

5.ª carrera—1500 metros—Combate, Cuñatay, Colibrí, Gama, Florida, El Sólo.

Nuestros candidatos son: 1.ª carrera—Mary, 2.ª Mirta, 3.ª Motinero batatazo, Alazka, 4.ª América, 5.ª Gama.

Ojo á Alazka.

ZAPICÁN II.

ENTRE DOS FUERZAS

NOVELA

POR A. GIMÉNEZ PASTOR

IX

(Continuación)

Pero aquello duró poco.

Primero fueron las recriminaciones, los reproches irritados de mujer herida, y esto calmó algo el disgusto de Mario; experimentó cierta satisfacción al verse así deseado, disputado por aquella muchacha fresca y apasionada; encontraba menos mortificante el rechazo de la otra, y la esperanza volvió a renacer; pero luego, conociendo que á aquella no la vería como á esta, solicitándolo, con las mejillas ardientes por el vaho del deseo; que ésta lo solicitaria, que lo solicitarían cien, pero que no serían Delias, no serían la que él ansiaba, volvió á sentir desaliento y tristeza.

Finalmente, en su deseo porfiado de encontrar otra vez goces allí, de volver á ser el de antes, de alimentarse de pasión y caricias que ahora le hacían más falta que nunca, se entregó todo él á gustar la sumisión de Argentina que volvía á abandonarse á sus brazos con aquel aire rendido de joven esclava enamorada.

Pero los hermanos rompieron el ensueño; primeramente fueron los gritos desesperados de un animal, que interrumpieron sus caricias. Ramón y Lucio, el menor, se entretenían en dar una paliza á la perra de un vecino, mezclando su algazara de salvajes alegres con los aullidos de la bestia maltratada; y por último, Lucio que había conseguido apropiarse la pipa de Amabilio y fumado en ella hasta cansarse, llegó á la sala enfermo, enloquecido por el mareo, y allí, entre los dos, como para separarlos al fin, vomitó brutalmente cuanto tenía en el estómago.

Ellas despues de castigar al muchacho le pedían que se quedara otro ratito, temerosas de que aquello le ahuyentara, y en el deseo de que no se fuera con aquella mala impresión, pero Mario pretestó ocupaciones y se alejó de allí, desesperado de encontrar sus horas de amor en aquel sitio manchado, ensuciado ya, de que le arrojaban la brutalidad, la lijereza y el hastio, como si quisieran empujarle hacia aquel otro sitio que le atraía con la fuerza del abismo, obligándolo á llevar su espíritu ansioso de calma, de salud, allá, adonde debía sufrir.

X

—Ya te lo he dicho, Mario—le volvía á repetir Carmen, que con su gran prosopeya de dama ilustre, silvando las s como para hacer más insinuantes, más penetrantes las sílabas.—Ya te lo he dicho. Tú eres un buen mozo, joven y fino, y puedes encontrar una muchacha mejor, pero mucho mejor que esa, hombre! No pierdas la calma así, que te vas á encanecer...

Lo que estas observaciones y las mudas miradas de reproche que se evocaban de los ojos negros de su madre irritaban á Mario, no es para dicho.

Le habian visto flaquear, dominado por la mujer, y esto le mortificaba. A él, que tenía el orgullo de su pretendida fuerza de espíritu, como otros tienen el de su educación ó el de su talento...

Así estallaban aquellas frases de inocente engaño al erguirse en el alma debilitada su amor propio herido, como serpiente á quien se pisa descurrida.

¡El, preocupado, triste! Bah! Que no fueran zonzos!

Pero, allá adentro sentía una inquietud anhelosa que no le daba punto de reposo; despues de ver que ya no encontraría en sus antiguos amorios la satisfacción que necesitaba, que no había ya nada sino el empeño porfiado, tenaz, obstinado, de gozar de aquel amor entrevisto y que por lo mismo se aparecía á él con dobles encantos, con promesas grandes, grandes como las forja en el reino de la ilusión la generosa fantasía, andaba irritado consigo mismo, rabioso ante su impotencia, forcejeando por dominarse, por librarse de aquel yugo, como quien se retuerce entre los brazos de un adversario poderoso que oprime y oprime anulando los desesperados esfuerzos del vencido.

En tanto Orfilia y Daniel seguían su amorio, tranquilo como arroyuelo manso que se desliza silencioso, sin agitaciones ni saltos.

Aquellos sí tenían el alma hecha para vivir en el mundo, no como él, que tenía un espíritu endemoniado, que nunca lograba llenarse, siempre en busca de algo más que lo conseguido.

Los otros se detenían poco en él; estando ambos estaba allí todo el universo. No se habían confesado aún su amor, los muy tontos... ¿Sería por

(Continuad)



Los cojos no son más que un simbolismo material de la flaqueza humana

La mayor desgracia que podría ocurrirles á las solteronas sería la *descanonización* de San Antonio.

En todo país civilizado y moral, se cumplen las leyes.

Aquí somos muy excéntricos y hacemos las cosas al revés. Por ejemplo: en vez de fundar Bancos, se les *funde* en un santiamén, y cuando llega el momento de la liquidación, ésta no se lleva nunca á cabo, porque en esa *fundición* hay siempre algún herrero ó herrera que tiene pagos á todos sus foguistas y tirafuelles para que nunca se revuelvan las cenizas y las escorias, esto es: que se conserven siempre bien tapaditas.

Tampoco aquí se aprende nada digno ni honrado; se *aprehende* si al ciudadano cuando trata de hacer al-

go digno de aplauso, y se le rompe la crisma en plena calle con la mismísima facilidad que se *fabrican* eventuales, se encierra á un diputado para que no vote á su antojo, ó se viste ridículamente de coraceros *sui generis* á la policía de seguridad.

Claro es que decir estas cosas es poco menos que una tontería. ¡Si hemos visto cada cosaza, desde aquel famoso tiempo (y el anterior) en que se paseó rondameete por la calle 18 de Julio un buque de madera, que luego había de ser General Rivera, y cañonera!

Podemos decir, con orgullo, que en Montevideo ha existido la novena maravilla del mundo: el buque ese paseando por esas calles de la ciudad.

Y dejo de hablar de ello en seguida, porque me avergüenzo sólo de recordarlo.

Y paso á tratar algo de teatros.

¡Qué demonios: si vivimos en plena comedia! Funcionan actualmente en nuestros teatros dos compañías españolas de comedias y zarzuelas y una gimnástica-zoológica.

En las dos primeras nos tratan como si fuéramos salvajes enteros, es decir, absolutamente salvajes.

Sale el actor á las tablas, y en vez de decir lo que buena ó malamente dijo el autor, improvisa —¡Dios se lo pague!— cuatro ó cinco desatinos y los intercala en su *papel*, ó en el de alguno de sus compañeros, y se queda tan fresco, mientras el público del paraíso pide á berridos el *bis*, que el actor *desatinante* no se niega á desatender con nuevas y peregrinas imbecilidades.

Justísimo, muy natural sería que el actor quisiese *representarse* á sí mismo. Nada más loable y natural. Sólo que para ello necesitaría hacer antes la pieza, no enmendarle la plana á nadie, que no se le pide tal cosa ni menos se la aplaude *decentemente*.

El inspector de teatros debiera ocuparse un poco de esto: cobra sueldo.

¡Ay de los descuidos! ¡Qué graves significados suelen tener ciertas cosas para los ojos de doble vista!

Un periódico de caricaturas publicó el domingo pasado el retrato del señor *Steward* (como está escrito) en vez de *Stewart*, como debe escribirse.

Pues señores: *Steward*, según entiendo, quiere decir en inglés, *sirviente*, *mayordomo*.

¡El Sr. *Steward*, sirviente! ¡Cuidado con el pirolo! ¡Mire usted que no duró más que veintidós días, y eso es decirle claramente: mal sirviente! ¡Pues! ¡Ni siquiera cobró una mensualidad!

Es hermoso vencer: la *lucha* honora. No, señor Enrique Kubly; la *lucha* honra, pero no honora ¿No vé

usted que de esa manera trasciende á ripio puro el *honora* ese?

El amor aquel es un sueño, el amor éste una realidad.

Sr. Pérez Petit: ¿á qué andar con esas contorsiones? A cualquier mal pensado pudiera ocurrirsele que existen amor *sur* y amor *norte*.

Clotilde era una joven modelo, perfecta. Todo género de impertinencias las recibía la buena muchacha con dulce sonrisa de tranquilidad.

Los otros días escuché lo siguiente, que decía delante de ella cierto caballero.

—¡Qué paciencia tiene esta Clotilde! A mi hijo, cuando tenía quince años, ya ella le enseñaba la pintura.

Clotilde frunció repentinamente el entrecejo.

C. L.

## Correspondencia Particular

*Firulete* — Montevideo — Pues no he tenido tiempo de leerlo, todavía. Pero si es como el anterior, cuéntelo por publicado.

*Carlo Lanza*—Idem.

En vez de á poéticos goces,

dedicate, Carlo Lanza,

á los goces de la panza.

Supongo que te conoces.

*C. D.*—Idem—Un millón de gracias por los piropos, pero lo que usted ha escrito es una barbaridad.

*Fifna*—Idem

Oh gentil y hermosísima *Fifna*

(La digo esto por ver si se contenta).

No sé si con mirar usted asesina,

mas sé que con sus versos me revienta.

*N. S.*—Sí, sí; pero no tiene interés ninguno.

Escriba usted alguna otra cosita.

*J. Sosa*—Idem.

Mire usted señor Sosa;

no mande, por Dios vivo más charadas,

pues para mí charadas y pavadas

son una misma cosa.

**ALFARO**  
Bamba

**CASA ESPECIAL EN CAFÉ**

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

**STUDIO DOLEF**  
FOTOGRAFICO

Calle Sarandí, 359

Retratos modernos de busto á la romana.

¡A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

**FOTOGRAFIA**  
INGLESA  
DE J. FITZ PATRICK

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

**EL ANTICUARIO**

Calle 18 de Julio 184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

**ESTUDIO DOLEF**  
FOTOGRAFICO

DE CHUTE & BROOKS  
Calle 25 de Mayo 300  
MONTEVIDEO  
Calle Florida 44  
BUENOS AIRES

**FALLIGARIS**  
Estudio fotografico

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfía las más distinguidas gentes.